

## MIS DOS MUNDOS

SERGIO CHEJFEC

*Passo scelto tratto dal romanzo Mis dos mundos, di Sergio Chejfec ©, Candaya, Barcelona, 2008.*

\* \* \*

Sergio Chejfec è uno scrittore argentino, autore di dieci romanzi, oltre a un paio di raccolte di poesie e una raccolta di saggi sullo statuto della letteratura. Sue opere sono state tradotte in francese, in tedesco e in portoghese. L'ultimo romanzo, *Mis dos mundos*, è uscito nel 2008 in Argentina (Alfaguara, Buenos Aires) e in Spagna (Candaya, Barcelona). Nel 1990, anno di pubblicazione del primo romanzo (*Lenta biografía*, Puntosur, Buenos Aires, 1990; Alfaguara, Buenos Aires, 2007), Chejfec si trasferisce da Buenos Aires a Caracas, dove dirige la redazione di Nueva Sociedad, rivista di scienze sociali, politica e cultura. Resta in Venezuela fino al 2005, per stabilirsi in seguito negli Stati Uniti. Attualmente vive a New York. Un tratto caratteristico dell'opera di Chejfec è il costante intreccio della narrazione con considerazioni di natura politica, sociale o etica e con riflessioni sull'espressione verbale del pensiero.

\* \* \*

Seguí entonces un largo trecho por el sendero diagonal, donde todo parecía dormir y refugiarse en la sombra. Era el camino ideal para andar sin rumbo y sin interés. Veía tirados en el piso envoltorios de golosinas o latas de refrescos vacías. Algunas de estas cosas llevaban mucho tiempo ahí, porque parecían gastadas y a su modo se habían adaptado a los colores del medio. Como no había bancos ni mesas cerca, supuse que el sendero sería muy transitado los fines de semana. Por lo tanto tuve deseos de conocer el sitio adonde llevaba. De a ratos veía algún cesto bastante grande, que estaba en cualquier caso desbordado de papeles o bolsas plásticas. Casi nada más, fuera de los árboles, la tierra seca y la sombra reinante. De manera similar a momentos anteriores de esta excursión, al rato comencé a ver hacia el final del camino un área de claridad; y cuando al cabo de unos diez minutos me acerqué mejor, alcancé a distinguir un cuadro que en un primer momento, ignoro por qué, me inquietó: en esa dirección se escondía un lago calmo y de dimensiones, y desde el sitio por donde me estaba acercando podía entrever unos inesperados cisnes gigantes, inmóviles y alineados como si se tratara de un regimiento. Mientras me acercaba al agua y el escenario se hacía más claro, sentí una mezcla de desconfianza y admiración. Desconfianza debido a algo muy primario, para lo que advertía, por otra parte, no estar preparado: sencillamente el tamaño de esos botes a pedales con forma de cisnes, que uno asociaba más con alguna escala monstruosa que con la idea de réplica o de pasatiempo, y admiración por la ilusión de estar frente a un ejército inanimado, pero que parecía sobrellevar una vida latente y estar preparado para despertar o adquirir movimiento en cualquier instante.

Una vez en la orilla, entre la enramada de la vegetación inclinada hacia el agua, lo que implicaba cierta dificultad para moverme, pude apreciar el grupo de cisnes en toda su majestad y su realismo. Tenían una altura como de tres metros, y pese a tales medidas la proporcionalidad de sus cuerpos se exponía perfecta, tanto que el serpenteo estilizado de los cuellos, proverbialmente elogiado por los modernistas, ofrecía en estos modelos gigantes un nuevo e indiscutible argumento de confirmación. El verismo de los cisnes incluía los detalles menores, como por ejemplo el color de los picos, todos de un anaranjado subido de tono, casi rojo, con la sola excepción de un caso, que lo tenía amarillo, como por otra parte es probable que a veces ocurra en la vida real.

No sé si habrá muchas especies de cisnes, en cualquier caso allí había una bastante representada, que yo conozca: el llamado cisne vulgar, de cuerpo blanco, con su habitual antifaz negro que torna misterioso su rostro y hace parecer iguales a todos los ejemplares. Tampoco sé como llamar al otro grupo allí presente, a lo mejor "cara blanca" a secas; o quizá se acercaban peligrosamente a los gansos, porque la única diferencia con el vulgar era que carecían del antifaz. Por lo demás, ambos tipos mostraban similar morfología. Como su nombre lo indica, el cisne de cara blanca no presenta otro color en el rostro, aparte del pico, ya mencionado, y los ojos negros. En cambio, en el cisne vulgar se dibuja el lienzo negro que nace en la base del pico y le cubre los ojos. Descripto así puede parecer una venda, pero en

realidad el antifaz es un poco ondulado y exhibe hacia los extremos de la cara, donde uno supone deberían estar las orejas, si las tuviera, unas aberturas blancas que hacen las veces de ojos, pienso, o por lo menos otorgan al rostro de los miembros de este grupo un dinamismo o una gracia de la que carecerían sin esa fantasía a primera vista teatral. Cisnes anónimos, podría pensarse, que buscan estar de incógnito. Los de cara blanca tienen grandes los ojos, representados por dos círculos negros estampados casi sobre el cráneo.

A diferencia de casi cualquier cisne real, les faltaba la carúncula, la prominencia carnosa que les crece a ciertas aves en la base del pico o en la cabeza y que, como dicen los manuales, suele ser eréctil. Es razonable por lo tanto que estos cisnes no tuvieran el adminículo, por cuanto el único simulacro de movimiento al que podían aspirar era la navegación a pedales. Conservo una foto donde aparecen alineados en filas de a seis sobre un costado de la rampa de embarque, presumiblemente amarrados. Aparte de lo ya descrito, me impresionó de ellos tanto su silencio como su disposición. Ambas cualidades pueden parecer fantasiosas, ya que no me engaño: uno debe activar la imaginación para asignar vida a estos cisnes. Lo mismo ocurre con todo lo inanimado, debemos prestarle vida, pero no en todo lo inanimado comprobamos en tal grado ese tipo de silencio y esa disposición que yo verificaba entonces, digamos a buscar una sintonía con alguna escala humana. Era claro que los lunes no nadaban demasiado. Si uno quería adjudicarles vida, podía pensar que ello se debía al cansancio acumulado el fin de semana, los días de mayor trabajo. Sin embargo, pese a estar así

como se dice estacionados, su faceta realista se confirmaba en el hecho de parecer preparados para moverse en cualquier momento.

Los cisnes admitían dos pasajeros, tenían dos juegos de pedales y a la izquierda, como en los autos, había un manubrio de hierro semicircular que venía a ser el timón. Me puse a caminar por el lugar, veía el lago a través de distintas formaciones de ramas, o directamente entre las hojas de los arbustos. Yo estaba en la sombra, a mi manera camuflado tras la espesura casi pantanosa, pero lo curioso era el hecho de que todo lo demás, y no yo mismo, me pareciera agazapado, escondido a la espera de alguna señal; todo lo demás, el lago en su conjunto y el grupo de cisnes. Los árboles de la orilla opuesta se reflejaban sobre el agua, de por sí bastante verde; pero había algunas partes con buganvillas, en este caso lilas, que manchaban también la superficie del lago.

A lo mejor por su alineamiento uniforme, pero también debido a la ausencia de distinciones, con la excepción del cisne de pico amarillo todos los demás me parecieron, en ese primero momento, carentes de individualidad. Pero fue una impresión que no duró demasiado, porque al seguir caminando, después de tomar el camino paralelo a la orilla del lago, de alcanzar las instalaciones para alquilar cisnes y de contemplar los animales desde la cola, pude ver que cada uno tenía pintado su propio número. A mi alcance tenía el 24, el 3, el 15 y el 11; completaban la fila el 18 y el 10. No sé muy bien a qué vienen estos detalles. En un parque donde la presencia humana estaba tan adaptada a la naturaleza del lugar, estos

modelos artificiales me parecieron misteriosamente vivaces, a su manera elocuentes y mudos al mismo tiempo.

Para pasar al embarcadero y subirse a un cisne había que pagar el alquiler en una angosta taquilla de cemento y techo de tejas, algo parecido a una garita estilo chalet. En lo alto decía "Pedalinhos" y se indicaban los precios para días laborales y para feriados o fines de semana. El lapso de alquiler era de 15 minutos, lo cual puede dar una idea equivocada de las verdaderas dimensiones del lago, ya que quien quisiera ir hasta las lejanías precisaría bastante más tiempo. No me pareció que los cisnes pudieran desarrollar mucha velocidad y rato después, cuando me tocó ver alguno en plena faena, pude comprobar su lentitud. El entarimado que hacía las veces de embarcadero tenía unas barandas de caño pintadas de color verde. En el flanco izquierdo del muelle, donde el acceso por agua era más difícil, y a donde incluso quien quisiera ir a pie debía atravesar una angosta y acaso riesgosa tarima, descansaban unos botes más convencionales con forma de coches abiertos, que evidentemente eran antiguos, tenían menos gracia y llevaban tiempo sin uso.

El lago presenta una forma de elipse elongada, y la estación de los pedalinhos se ubica pasando un poco el punto medio de uno de los arcos mayores de esta elipse. Podría haber circunvalado el lago sin dificultad, siguiendo el camino paralelo a la orilla que discurre a varios metros de distancia del agua, pero por un motivo que ahora no alcanzo a recordar, quizá porque sencillamente creí que se hacía tarde,

quién sabe para qué, al final no lo hice. En casi toda su extensión el lago está rodeado por una franja de tierra pantanosa, vegetación baja y enramadas silvestres. El sector de pedalinhos se levanta junto a una plaza seca separada del lago por una vegetación más profusa, a través de la cual alcanzan a verse los reflejos del agua con intermitencia, como si se tratara de una mera intuición o de un territorio extranjero.

Esa plaza aledaña a los cisnes tiene como epicentro una terraza racionalista de singular belleza, parecida a un trompo, con plataformas circulares concéntricas y desiguales, por otra parte de similar estilo constructivo y del mismo color amarillento que las pequeñas casetas de guardaparques descritas páginas atrás. Recuerdo que en una de las paredes laterales del monumento circular estaba el nombre del arquitecto, de apellido alemán. Caminé por esta pequeña plaza, desde donde uno veía los pedalinhos brillando al sol, en especial las partes curvas, o sea, los flancos y los cuellos. No podía imaginar que un sábado o domingo el lugar estuviera repleto de familias o jóvenes, porque ahora parecía un sitio ganado definitivamente por la soledad. En la entrada de este sector había visto al encargado de los cisnes, vestido con una camisa azul o celeste, y a un heladero, de uniforme rojo y ribetes amarillos, que había dejado su carrito en medio del camino, a varios metros de distancia. Ambos estaban apoyados contra

una de las columnas bajas que custodiaban el acceso a la plaza seca. Cada tanto el encargado se daba vuelta para mirar hacia donde estaban los cisnes; parecía ser un gesto reflejo, ya que podía estar seguro de que no había nadie. Otra posibilidad era que él también intuyera en ellos la presencia de una vida vacilante o secreta, e inspirado por la sospecha se propusiera vigilarlos.

*Bibliomanie.it*